

«No Admito a un director Absolutista» dice

IGNACIO LOPEZ TARSO

Al actor hay que dejarlo que se desenvuelva; el director, ya sea de teatro, cine, o televisión, debe actuar como un guía par el desenvolvimiento del personaje en el acto que le viva. No acepto al director que quiere estar sobre el actor y que le indica hasta los menores gestos tal como él los imagina. Así el actor es sólo un muñeco.

Este es uno de los conceptos que el actor mexicano Ignacio López Tarso explica al redactor, en una entrevista exclusiva para *Bellas Artes*. En su departamento, cerca de su esposa, de su hijita y entre los suyos, una de las figuras más relevantes de nuestra escena contemporánea va hablando de sí mismo, de su carrera, de su vida, de sus proyectos, mientras la tarde sigue su lenta marcha hacia el ocaso.

Este hombre, este artista que se asomó a la vida con el deseo de ser sacerdote, vuelca no sólo el ímpetu de una gran sensibilidad, sino también el de una voluntad sólida, el de un amplio conocimiento del terreno que pisa y, se adivina, el de una disciplina vocacional que es ejemplo en nuestros medios teatrales. Ya en su pensamiento no hay el juego frívolo del que busca nada más lo exterior, lo pasajero, lo que es fama y popularidad, elogios y triunfo. Busca en su interior lo trascendental de su carrera, la auténtica realidad suya, planteándola y resolviéndola en la vida imaginada de los personajes que representa.

—Estudí seis años en el Seminario Conciliar de México y en ese medio de religiosidad, otra religión, la del teatro, fue fundiéndose en mi espíritu. Trabajaba yo en algunas obras que representábamos, como vehículo de diversión para los compañeros, y siempre me daban los papeles principales. Hacíamos cosas de tipo gracioso, sainetes y obras escritas a propósito de sucesos en el Seminario. A los 18 años colgué los hábitos estudiantiles y empecé a buscar mi papel. Estuve de bracero en los Estados Unidos; después, en el ejército, durante dos años. En ambos casos obtuve experiencias, pero mi intranquilidad me hacía volver los ojos, ya, hacia el teatro.

—¿Cómo llegaste a él?

—Por la protección de un poeta. Xavier Villaurrutia. Supe que era maestro en la escuela dramática del INBA y le pedí que me aceptara en su clase. Esto sucedió dos años antes de su muerte. Fue un tiempo difícil, ya que era un protector exigente y a veces duro. Nos ponía barreras para aquilatar la vocación e impulsaba lúcidamente el esfuerzo.

Mis primeras actuaciones frente al público fueron con Xavier Rojas, en el TEA. Al morir Xavier Villaurrutia, dejé la escuela y me puse a hacer teatro popular con aquél joven director. Trabajé en "La zona intermedia" y "Ahí viene Gorgonio Esparza". Después vino mi primera actuación como profesional en la obra "Nacida ayer" junto a Tana Lynn y Alvaro Matute en aquella temporada del Teatro Latino. ¿La recuerdas?

—Perfectamente. Pero el teatro se caía. Y.....

—Las Fiestas de la Primavera. Entonces obtuve dos años consecutivos el premio como primer actor: en el 52 con "Netzahualcōyotl" y con "Pasto rojo", en el 53. Animado por este estímulo y ya más conocido, vine al Bellas Artes para trabajar cerca de Salvador Novo en "Los empeños de una casa", "El duelo", "Hidalgo" y los Tenorios. Más tarde, en una obra de María Luisa Algarra, titulada "Casandra", en el viejo teatro del Caballito. Fue cuando Alvaro Custodio me llamó para una serie de Sherlock Holmes en la televisión. Con él planeamos la temporada de teatro clásico español.

—Sí. Recuerdo tus éxitos en "La Celestina", en "Las mocedades del Cid", en "Reinar después de

morir", en "La discreta enamorada"..... Entiendo que esto fue lo que hizo que tu trabajo, tu nombre como actor profesional serio y estudioso, con grandes posibilidades, fuera reconocido como el de un verdadero valor para la escena mexicana.

—Así es. Pero, no obstante que fueron estas extraordinarias obras españolas las que me dieron el espaldarazo, me enorgullece que con una pieza mexicana consiguiera yo el galardón como el mejor actor del año. ¿Sabes a lo que me refiero? Sí, al "Moctezuma", de Sergio Magaña, el personaje que he interpretado con mayor cariño, con mayor pasión, y al que tengo por uno de los más extraordinarios que se han escrito no sólo en México sino en el mundo entero. Para mí, se puede comparar con cualquiera de Shakespeare o de Racine. Conste: no la obra, el personaje.

—En este repaso de lo que ha sido tu carrera llegamos casi al 55. Pero antes hubo algo en Bellas Artes...

—Macbeth. Y no estoy de acuerdo con que al hecho de haberla puesto lo llamen osadía. Si no son los actores, los que estamos en acción, ¿quién va a poner las grandes obras? Verdad que el actor debe tener una preparación especial que presuponga una capacidad para ciertos autores, pero, salga bien o mal, deben ponerse. Decir lo contrario es tontería. Con "Tovarich" y "3 en jaque", en el Caballito, junto a Marilú Elízaga, quise salir de los terrenos de la voz engolada y del ademán solemne, pues creo que el actor debe dominar todos los matices, todos los géneros que hay en la carrera. De no poder hacerlo, estará incompleto. Y digo lo mismo con respecto al cine y a la televisión.

—¿Qué quieres decir?

—Que en la actualidad un buen actor debe estar preparado para saber actuar en el teatro, en el cine o en la televisión. Conocer los secretos, las diferencias, los resortes de cada una de estas actividades y, así, imprimir a su trabajo el tono que requiera. Un ejemplo de profesionalismo y dominio de estos terrenos es doña Prudencia Griffel. Admirable, justa, sobria, señorial siempre en sus papeles y dominando la televisión, el teatro o el cine, como si siempre lo hubiese hecho. Por lo demás, la televisión es terrible, pues tiene todos los defectos del cine sin tener sus ventajas.

—¿Qué otro actor.....

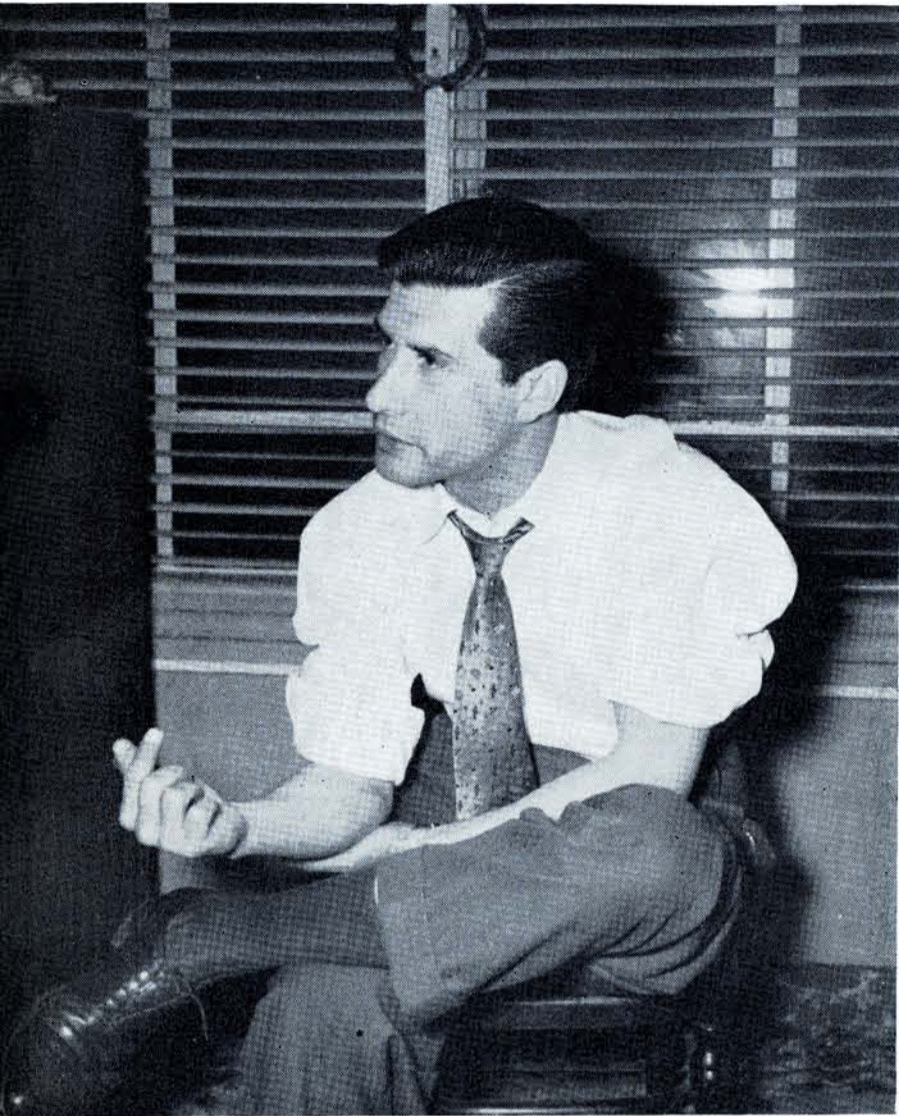
—Carlos López Moctezuma. Mal utilizado, pero siempre, en todo momento, un señor actor.

Hacer cine, buen cine, es la última ambición de Ignacio López Tarso. Acaba de terminar su "Chilam-balam" con exteriores en Yucatán, junto a López Moctezuma y dirigido por Iñigo de Martino, un director que empieza. El año entrante dejará totalmente las actividades teatrales para dedicarse al cine, siempre que le ofrezcan buenos asuntos. Hará también algo en televisión, como el teatro Ford, serie que terminó el año con "Otelo", hecho por él.

—Un buen actor debe saber proyectar sus sentimientos. No importa que no tenga buena voz, que no sepa moverse perfectamente. Si tiene sensibilidad puede hacer mucho. Yo creo en el equilibrio que recomendaba Hamlet. Equilibrio entre sentimientos y técnica. Lo demás sale sobrando. El cine es mucho más difícil porque hay que mantener una continuidad cortada. Pero un buen actor puede hacer una magnífica labor en cualquier situación. Esto también. Hay que evolucionar, evolucionar siempre, o la carrera se acaba.

Es indudable que en López Tarso ha influido su primera vocación, la religiosa. El hecho de haber recibido en su adolescencia el rigor educativo del Seminario, dejó en él un sentido de responsabilidad que acaso sea una de las virtudes esenciales que lo distinguen entre nuestros actores.





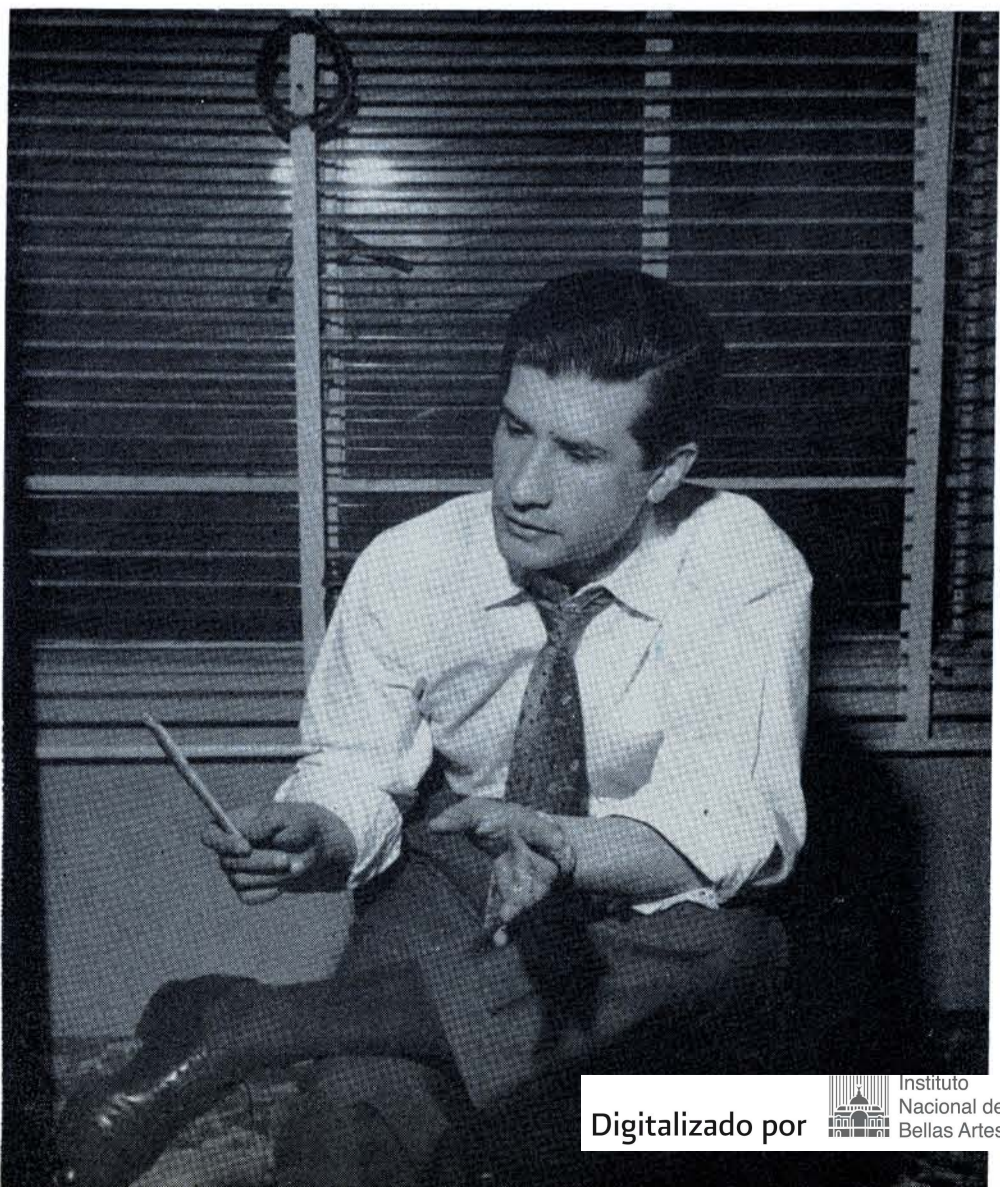
"No ACEPTO al director que quiere estar sobre el actor".



"ME ENORGULLECE haber conseguido con una obra mexicana el premio al mejor actor".



"QUE LA puesta de Macbeth fue una osadía, es tonto".



"UN BUEN actor debe estar preparado para el teatro, el cine y la televisión".